

Crisis inminentes: el legado del neoliberalismo

Noam Chomsky

Lamentablemente, hay demasiadas candidaturas idóneas para la calificación de crisis inminentes y muy graves. Varias deberían ocupar un lugar de primer orden en la lista de preocupaciones de cualquier persona, puesto que representan amenazas literales para la supervivencia humana: la creciente probabilidad de una guerra nuclear terminal y la catástrofe medioambiental que no puede estar demasiado lejos. Aun así, en este texto quisiera centrarme en otras cuestiones más restringidas, que son objeto de la máxima preocupación en Occidente en el momento actual. Me referiré principalmente a los Estados Unidos, que es el caso que conozco mejor y el más importante, dado su enorme poder. Pero, por lo que he podido constatar, el caso de Europa no es demasiado distinto.

La zona que genera mayor preocupación es Oriente Próximo, lo cual no constituye ninguna novedad. A menudo tengo que concertar conferencias con años de antelación y cuando me piden un título, sugiero «La crisis actual en Oriente Próximo»; hasta ahora nunca me ha fallado. Existe un buen motivo para ello: Washington reconoció hace sesenta años que los inmensos recursos energéticos de la región constituían «una magnífica

• Artículo publicado en *MR*, vol. 59, nº 2, junio de 2007, pp. 1-19. Traducción de Mireia Bofill. Noam Chomsky es catedrático y profesor emérito de lingüística en el Massachusetts Institute of Technology. El presente artículo está basado en una conferencia pronunciada el 12 de mayo de 2006, en Beirut, dos meses antes de que Israel iniciara su campaña militar contra el Líbano, el 13 de julio de ese año. El texto forma parte del libro *Inside Lebanon: Journey to a Shattered Land with Noam and Carol Chomsky*, Monthly Review Press, 2007 (título que Editorial Hacer publicará en castellano durante el primer trimestre 2008).

fuerza de poder estratégico», la «zona de mayor importancia estratégica del mundo» y «uno de los mayores premios materiales de la historia mundial».¹ El control sobre ese magnífico premio ha sido desde entonces el objetivo primordial de la política estadounidense y las amenazas contra dicho control han suscitado, naturalmente, enorme preocupación.

Durante años se fingió que la amenaza procedía de los rusos, el pretexto habitual para la violencia y la subversión en el mundo entero. En el caso de Oriente Próximo no hará falta examinar este pretexto, puesto que ya se abandonó oficialmente. Tras la caída del muro de Berlín, el primer Gobierno Bush hizo pública una nueva Estrategia Nacional de Seguridad y explicó que todo continuaría igual que antes pero con un nuevo marco retórico. El sistema militar masivo seguía siendo necesario pero ahora, debido a la «sofisticación tecnológica de las potencias del Tercer Mundo» —lo que al menos se aproxima un poco más a la verdad—, la amenaza principal, a escala mundial, había pasado a ser el nacionalismo autóctono. El documento oficial explicaba asimismo que los Estados Unidos mantendrían como objetivo de sus fuerzas de intervención la zona de Oriente Próximo, donde «la amenaza contra nuestros intereses» —que hacía necesaria la intervención— «no se puede cargar en la cuenta del Kremlin», en contra de lo que se había afirmado durante décadas de invenciones.² Como es habitual, todo ello se aceptó sin comentarios.

El problema actual más grave desde el punto de vista de lo que piensa la gente es, con mucha diferencia, el del Irak. Y el ganador de la competencia por el puesto de país más temido es sin mayor dificultad Irán, no porque plantee una amenaza grave, sino a causa del redoble de tambores de la propaganda de los medios de comunicación gubernamentales. El patrón es conocido. El ejemplo más reciente es el de Irak. Su invasión se anunció virtualmente en septiembre de 2002, pero como ahora sabemos, la invasión estadounidense-británica ya estaba en marcha en secreto. Ese mes, Washington inició una enorme campaña de propaganda, con estridentes advertencias de Condoleezza Rice y otros de que el siguiente mensaje de Sadam Husein sería una nube en forma de hongo sobre la ciudad de Nueva York. En el plazo de pocas semanas, el estrépito de la propaganda de los medios de comunicación gubernamentales había distanciado por completo a los estadounidenses del espectro de la opinión pública internacional. Seguramente casi todo el mundo despreciaba a Sadam, pero solo en los Estados Unidos una parte mayoritaria de la población estaba aterrada ante la idea de lo que podría hacerles al día siguiente. Como no es de extrañar, el apoyo a favor de la guerra guardaba una estrechísima correlación con esos temores. El mismo efecto ya se había conseguido antes, hasta extremos asom-

brosos durante el mandato de Reagan, y cuenta con una larga e ilustrativa historia previa. No obstante, tras algunas observaciones sobre Irak, voy a confinar mi intención en el monstruo actual confeccionado por el sistema doctrinal.

El flujo de comentarios sobre Irak es continuo, pero con muy poca información fáctica. La mayor parte de los periodistas se encuentran confinados en las zonas fortificadas de Bagdad o están «incrustados» en el ejército ocupante. No porque sean cobardes ni perezosos, sino sencillamente porque resulta demasiado peligroso estar en cualquier otra parte. Esto no ocurría en guerras anteriores. Llama la atención que los Estados Unidos y Gran Bretaña hayan tenido más problemas para organizar el funcionamiento de Irak que los que encontraron los nazis en la Europa ocupada o los rusos en sus satélites de la Europa del Este, donde la dirección de los países estaba en manos de civiles locales y de las fuerzas de seguridad, con un puño de hierro preparado para intervenir si algo fallaba, pero situado habitualmente en un segundo plano. En cambio, los Estados Unidos no han conseguido establecer un régimen clientelar obediente en Irak, bajo unas condiciones mucho más sencillas.

Si dejamos de lado las anteojeras doctrinales, ¿qué se debería hacer en Irak? Antes de responder, deberíamos tener claros algunos principios fundamentales. El principal es que un invasor no tiene ningún derecho, sino solo responsabilidades. La primera es pagar reparaciones. La segunda es acatar la voluntad de las víctimas. Existe, de hecho, una tercera responsabilidad: llevar a juicio a los criminales, pero se trata de una obligación tan alejada de la mentalidad imperialista de la cultura occidental que vamos a dejarla a un lado.

La responsabilidad de pagar reparaciones a los iraquíes va mucho más allá de la agresión criminal y sus terribles consecuencias. Los Estados Unidos y Gran Bretaña han estado torturando a la población de Irak durante largo tiempo. En el pasado histórico reciente, ambos gobiernos apoyaron firmemente al régimen terrorista de Sadam Husein durante todo el periodo en que cometió sus peores crímenes y hasta mucho después de finalizada la guerra con Irán. Este último país finalmente capituló, después de reconocer que no podía luchar contra los Estados Unidos, que para entonces ya participaban abiertamente en la agresión de Sadam, algo que los iraníes sin duda no habrán olvidado, aunque los occidentales no lo recuerden. Desechar la historia siempre resulta conveniente para quienes blanden las porras, pero sus víctimas suelen preferir estar atentas al mundo real. Después de la guerra irano-iraquí, Washington y Londres continuaron suministrando material militar a su amigo Sadam, incluidos los medios

para producir armas de destrucción masiva y sistemas de lanzamiento. Ingenieros nucleares iraquíes viajaron incluso a los Estados Unidos en 1989 —mucho después de que Sadam cometiera sus peores atrocidades y de la capitulación de Irán— para recibir formación en el diseño y producción de armas nucleares.

Inmediatamente después de la Guerra del Golfo de 1991, los Estados Unidos y el Reino Unido reanudaron su apoyo a Sadam, cuando le autorizaron en la práctica a utilizar material militar pesado para sofocar una rebelión chií que muy probablemente podría haber derrocado al tirano. Las razones se explicaron públicamente. El *New York Times* informó de que entre los Estados Unidos y sus aliados, Gran Bretaña y Arabia Saudita, existía una «asombrosa unanimidad» en el sentido de que «cualesquiera que fuesen los pecados cometidos por el dirigente iraquí, este ofrecía a Occidente y a la región mejores expectativas de estabilidad para su país que quienes habían sufrido su represión»; el término «estabilidad» es una palabra en clave que equivale a «cumplir órdenes».³ El primer corresponsal diplomático del *New York Times*, Thomas Friedman, explicaba que, para Washington, «el mejor de los mundos» sería que en Irak gobernase una «junta militar con puño de hierro», exactamente como lo hacía Sadam. Pero a falta de esa alternativa, Washington tendría que conformarse con la segunda mejor opción: el propio Sadam. Una alternativa inconcebible —tanto entonces como ahora— sería que los iraquíes gobernasen Irak con independencia de los Estados Unidos.

Luego siguió el régimen criminal de sanciones impuesto por los Estados Unidos y Gran Bretaña, que mató a centenares de miles de personas, destruyó la sociedad civil iraquí, fortaleció al tirano y obligó a la población a confiar en él para su supervivencia. Las sanciones probablemente salvaron a Sadam del destino de otros tiranos perversos, algunos perfectamente comparables a él, que fueron derrocados desde el interior a pesar del fuerte apoyo recibido de los Estados Unidos y el Reino Unido al final de su sangriento mandato: Ceausescu, Suharto y toda una galería de otros granujas sin escrúpulos, a la que periódicamente se añaden nuevos nombres. Nuevamente, todo esto es tediosa historia pasada para quienes blanden las porras, pero no para sus víctimas o para las personas que prefieren comprender el mundo. Todas esas actuaciones y muchas otras más requieren reparaciones, a escala masiva, y la responsabilidad también se extiende a otros. Pero la profunda crisis moral-intelectual de la cultura imperial impide cualquier reflexión sobre esos temas.

La segunda responsabilidad es acatar la voluntad de la población. Las encuestas británicas y estadounidenses ofrecen datos suficientes al respec-

to. La encuesta más reciente indica que un 87% de los iraquíes desea una «fecha concreta para la retirada de los Estados Unidos», con un incremento con respecto al 76% que opinaba así en 2005.⁴ Si la información se refiere efectivamente al conjunto de los iraquíes, tal como se afirma, ello implicaría que la práctica totalidad de la población de las zonas árabes de Irak, donde están desplegadas las tropas estadounidenses y británicas, desea un calendario fijo para la retirada. Dudo que se hubieran obtenido cifras comparables en la Europa ocupada por los nazis o en la Europa oriental bajo la dominación rusa.

Bush, Blair y sus asociados declaran, empero, que no es posible establecer un calendario para la retirada. Esa posición es en parte un reflejo de la fobia natural de los poderosos a la democracia, acompañada a menudo de elocuentes llamamientos a favor de la misma. Dichos llamamientos a favor de la democracia pasaron a ocupar un lugar central cuando no se consiguieron encontrar armas de destrucción masiva en Irak y fue preciso inventar un nuevo motivo para la invasión. El presidente anunció la doctrina con grandes aplausos en noviembre de 2003, en los locales de la Fundación Nacional para la Democracia (National Endowment for Democracy) en Washington. Proclamó que el verdadero motivo de la invasión no era el programa armamentista de Sadam, como habían alegado insistentemente Washington y Londres, sino la misión mesiánica de Bush encaminada a promover la democracia en Irak, en Oriente Próximo, y en todas partes. Los medios de comunicación y académicos destacados quedaron profundamente impresionados y aliviados al constatar que la «liberación de Irak» es tal vez la guerra «más noble» de la historia, como anunciaron destacados comentaristas liberales; un sentimiento del que se hicieron eco incluso algunos críticos, que objetaron que ese «noble objetivo» podría estar por encima de nuestras posibilidades y que aquellos a quienes nos disponemos a ofrecer tan magnífico don tal vez estén demasiado atrasados para aceptarlo. Conclusión que se vio confirmada al cabo de pocos días por las encuestas de opinión estadounidenses realizadas en Bagdad. A la pregunta sobre los motivos por los que los Estados Unidos habían invadido Irak, algunos se mostraron de acuerdo con la nueva doctrina aclamada por los intelectuales occidentales: un 1% se mostró de acuerdo con que el objetivo era promover la democracia; otro 5% respondió que el objetivo era ayudar a los iraquíes.⁵ La mayor parte del resto daba por sentado que los objetivos eran los evidentes e innombrables en buena sociedad: los fines económico-estratégicos que estamos bien dispuestos a atribuir a los enemigos, como cuando Rusia invadió Afganistán o Sadam invadió Kuwait, pero que son innombrables cuando se trata de nosotros.

El rechazo de la voluntad popular en Irak va, sin embargo, mucho más allá del temor natural a la democracia por parte de los poderosos. Basta considerar las políticas que probablemente impulsaría un Irak independiente y más o menos democrático. Es posible que los iraquíes no sientan especial afecto por Irán, pero sin duda preferirían mantener unas relaciones amistosas con su poderoso vecino. La mayoría chií ya tiene vínculos con Irán y ha dado pasos para consolidarlos. Además, incluso una soberanía limitada en Irak ha alentado los intentos de la población chií de Arabia Saudita, fuertemente reprimida al otro lado de la frontera, de obtener el reconocimiento de sus derechos fundamentales y quizá una cierta autonomía. Y se da el caso de que allí es donde se encuentra la mayor parte del petróleo de Arabia Saudita.

Estas tendencias podrían conducir a que una alianza chií informal controlara las mayores reservas de recursos energéticos del mundo y con independencia de Washington; la peor pesadilla para Washington, con la salvedad de que aún podría agravarse: la alianza podría fortalecer sus vínculos económicos y posiblemente incluso militares con China. Los Estados Unidos pueden intimidar a Europa: cuando Washington blande el puño, las principales empresas europeas se retiran de Irán. Pero China cuenta con tres mil años de historia de menosprecio hacia los bárbaros y no se deja intimidar.

Este es el motivo fundamental de la preocupación estratégica de Washington con respecto a China: la amenaza que plantea no es militar, sino la amenaza de su independencia. Y si este tipo de amenaza resulta inaceptable en el caso de países pequeños, como Cuba o Vietnam, también lo es sin duda alguna en el caso del núcleo central de la región económica más dinámica del mundo, el país que acaba de superar a Japón como poseedor de las mayores reservas financieras del mundo y que está registrando el crecimiento más rápido entre las grandes economías. La economía china, medida correctamente, ya ha alcanzado unas dimensiones equivalentes a dos tercios de la economía estadounidense y si se mantienen las tasas de crecimiento actuales, es probable que en el plazo de unos diez años haya colmado la brecha, en términos absolutos, no per cápita, como es lógico.

China también es el núcleo central de la Red Asiática de Seguridad Energética (Asian Energy Security Grid) y de la Organización de Cooperación de Shanghai, que incluye a los países del Asia central y a la que hace pocas semanas se incorporaron India, Irán y Pakistán en calidad de observadores, con la probabilidad de que pronto pasen a ser miembros. India ha emprendido proyectos energéticos conjuntos significativos con China y podría incorporarse a la Red de Seguridad Energética. Otro tanto podría

hacer Irán, si llega a la conclusión de que los Estados Unidos tienen tan intimidada a Europa, que esta no puede actuar por su cuenta. Si Irán vuelve la mirada hacia el Este, encontrará socios bien dispuestos. En septiembre pasado, una gran conferencia sobre la energía reunió en Teherán a funcionarios gubernamentales y académicos de Irán, China, Pakistán, India, Rusia, Egipto, Indonesia, Georgia, Venezuela y Alemania, que proyectan construir un amplio sistema de oleoductos para toda la región e intensificar también el desarrollo de los recursos energéticos. El reciente viaje de Bush a la India y su autorización del programa de armamento nuclear indio, forma parte de las maniobras para ir ocupando posiciones en previsión de la cristalización de esas importantes fuerzas mundiales. Un Irak soberano y parcialmente democrático podría contribuir a unas tendencias que amenazan seriamente la hegemonía mundial de los Estados Unidos; por lo tanto, no resulta nada sorprendente que Washington haya intentado evitar ese desenlace por todos los medios, con el apoyo del «escudero de la pax americana», como describe Michael MccGwire al Reino Unido de Blair en la principal publicación británica dedicada a los asuntos internacionales.⁶

Si los Estados Unidos se viesen obligados a otorgar un cierto grado de soberanía a Irak y se produjera alguna de dichas consecuencias, los planificadores de Washington se enfrentarían con el hundimiento de uno de sus máximos objetivos en el ámbito de la política exterior desde la Segunda Guerra Mundial, cuando los Estados Unidos sustituyeron a Gran Bretaña como potencia dominante a escala mundial: la necesidad de controlar «la zona de mayor importancia estratégica del mundo». El tema central de dicha planificación ha sido el control, no el acceso, una distinción importante. Los Estados Unidos siguieron la misma política mucho antes de confiar ni siquiera en una gota del petróleo de Oriente Próximo para su propio abastecimiento y continuarían haciéndolo aunque dependieran de la energía solar. Ese control les otorga un «poder de veto» sobre sus rivales industriales, tal como expusieron influyentes planificadores en los primeros años de la posguerra y como han reiterado recientemente en relación con Irak: una conquista exitosa de dicho país otorgaría a los Estados Unidos una «influencia crítica» sobre sus rivales industriales, Europa y Asia, como señaló Zbigniew Brzezinski, una figura importante de la comunidad planificadora. El vicepresidente Dick Cheney hizo hincapié en lo mismo cuando describió el control sobre los suministros de petróleo como «instrumentos de intimidación y de chantaje», cuando los utilizan otros.⁷ Luego procedió a instar a las dictaduras de Asia central, los modelos de democracia de Washington, a que aceptaran la construcción de un oleo-

ducto que garantiza que dichos instrumentos sigan estando en manos de Washington.

La idea no es original en absoluto. En los albores de la era del petróleo, hace casi noventa años, el Primer Lord del Almirantazgo británico, Walter Hume Long, explicó que «si nos aseguramos las existencias de petróleo actualmente disponibles en el mundo, podremos hacer lo que nos plazca».⁸ Woodrow Wilson también comprendió esta cuestión crucial y expulsó a los británicos de Venezuela, que en 1928 se había convertido en el primer exportador mundial de petróleo, poniendo a continuación a empresas estadounidenses al frente. Para conseguir este objetivo, Wilson y sus sucesores apoyaron al dictador venezolano perverso y corrupto y se aseguraron de que prohibiera las concesiones a los británicos. Mientras tanto, los Estados Unidos siguieron reclamando —y asegurándose— derechos sobre el petróleo de Oriente Próximo, donde británicos y franceses ocupaban el lugar principal.

Conviene señalar que estos hechos ilustran el verdadero significado del «idealismo wilsoniano» admirado por la cultura intelectual occidental, a la vez que también revelan el verdadero significado del «libre comercio» y del principio de «puertas abiertas», algo reconocido a veces oficialmente. Cuando en Washington se estaba configurando el orden planetario posterior a la Segunda Guerra Mundial, un memorando del Departamento de Estado sobre la política petrolera estadounidense recomendaba que se mantuviera el control absoluto de los Estados Unidos sobre los recursos del hemisferio occidental, «unido a la insistencia en la aplicación del principio de puertas abiertas, relativo a la igualdad de oportunidades para las empresas estadounidenses en nuevas zonas».⁹ He aquí una muestra útil de la «doctrina del libre mercado realmente existente»: nos quedamos con lo que ya tenemos, cerrando la puerta a los demás; y nos apropiamos de lo que aún no tenemos invocando el principio de puertas abiertas. Todo esto ilustra la única teoría de las relaciones internacionales verdaderamente significativa, la máxima de Tucídides: los fuertes hacen lo que pueden y los débiles sufren como están obligados a hacerlo.

Por lo que respecta a Irak en la actualidad, hablar de estrategias de retirada significa muy poco si no se encaran estas realidades. Y dista mucho de estar claro cómo se proponen abordar estos problemas los planificadores de Washington, que se encuentran con problemas parecidos en todas partes. Las proyecciones de los servicios de inteligencia para el nuevo milenio preveían que los Estados Unidos controlaran el petróleo de Oriente Próximo como algo natural, pero confiando para su propio abastecimiento en las reservas más estables de la cuenca atlántica: las de las dictaduras del África occidental y las del hemisferio occidental. Pero el control que venía

ejerciendo Washington sobre América Latina, desde Venezuela hasta Argentina, tras la Segunda Guerra Mundial, se está erosionando seriamente. Los dos principales instrumentos de control han sido la violencia y el estrangulamiento económico, pero una y otra arma están perdiendo su eficacia. El último intento de patrocinar un golpe de Estado tuvo lugar en Venezuela en 2002, pero los Estados Unidos tuvieron que hacer marcha atrás cuando el gobierno que habían contribuido a instalar en el poder fue derribado rápidamente por la resistencia popular y hubo una gran agitación en América Latina, donde se toman la democracia mucho más en serio que en Occidente y el derrocamiento de un gobierno elegido democráticamente ya no se acepta sin rechistar. También se están erosionando los controles económicos. Los países sudamericanos están saldando sus deudas con el FMI, que básicamente viene a ser una ramificación del Departamento del Tesoro de los Estados Unidos. Y lo que asusta todavía más a Washington: esos países están recibiendo ayuda de Venezuela. El presidente de Argentina anunció que el país se «libraría del FMI». El cumplimiento riguroso de las normas del FMI condujo al desastre económico, del que el país consiguió recuperarse infringiendo radicalmente dichas normas. Brasil también tuvo que librarse del FMI y Bolivia probablemente hará lo mismo, también con el apoyo de Venezuela. Los controles económicos estadounidenses se están debilitando seriamente.

El principal motivo de preocupación para Washington es Venezuela, el primer productor de petróleo del hemisferio occidental. Según las estimaciones del Departamento de Energía de los Estados Unidos, sus reservas podrían ser superiores a las de Arabia Saudita si el precio del crudo se mantiene lo suficientemente alto para que la costosa explotación de su petróleo ultrapesado resulte rentable. La extrema hostilidad estadounidense y la subversión han acelerado el interés de Venezuela por diversificar sus exportaciones e inversiones, y China está más que dispuesta a aceptar la oportunidad, igual que en el caso de otros exportadores latinoamericanos ricos en recursos. Las mayores reservas de gas natural de Sudamérica se encuentran en Bolivia, que está siguiendo un camino muy parecido al de Venezuela. Ambos países plantean un problema para Washington en otros aspectos. Ambos tienen gobiernos elegidos por votación popular. Venezuela ocupa el primer lugar en América Latina en lo que respecta al apoyo al Gobierno elegido, que ha aumentado fuertemente en los últimos años de mandato de Chávez, fuertemente odiado en los Estados Unidos por su independencia y el enorme apoyo popular del que goza. Bolivia acaba de celebrar unas elecciones democráticas de un tipo prácticamente inconcebible en Occidente. Se dirimían asuntos serios que la población comprendió

muy bien, y la población en general participó activamente y eligió a uno de los suyos, procedente de la mayoría indígena. La democracia siempre asusta a los centros de poder, sobre todo cuando va mucho más allá de las meras formas e incluye el contenido real.

Los comentarios sobre lo que está ocurriendo revelan la naturaleza de esos temores. El *Financial Times* de Londres advirtió de que el presidente Evo Morales de Bolivia se está mostrando cada vez más «autoritario» y «antidemocrático». Esto preocupa seriamente a las potencias occidentales, consagradas a la causa de la libertad y la democracia en todas partes. La prueba de su actitud autoritaria y de su desviación de los principios democráticos es que acató la voluntad del 95% de la población y nacionalizó los recursos de gas natural de Bolivia, y también está ganando popularidad con la reducción de los salarios públicos y la eliminación de la corrupción. Las políticas de Morales comienzan a parecerse a las del temible dirigente venezolano. Por si la popularidad del Gobierno elegido de Chávez no fuera prueba suficiente de que es un dictador antidemocrático, ahora está intentando extender a Bolivia los mismos programas que está instaurando en Venezuela, ayudándole «a erradicar el analfabetismo y pagando los sueldos de centenares de médicos cubanos, enviados a trabajar allí» entre los pobres, para citar las lamentaciones del *Financial Times*.¹⁰

La última Estrategia de Seguridad Nacional del Gobierno Bush, hecha pública en marzo de 2006, describe a China como la mayor amenaza a largo plazo para la dominación de los Estados Unidos a escala planetaria. La amenaza no es militar, sino económica. El documento advierte de que los dirigentes chinos no solo están «expandiendo su actividad comercial, sino que actúan como si pudieran “bloquear” de algún modo los suministros de energía en el mundo entero o intentar dirigir los mercados en lugar de abrirlos». ¹¹ En las reuniones chino-estadounidenses celebradas en Washington hace pocas semanas, el presidente Bush advirtió al presidente Hu Jintao contra el intento de «bloquear» los suministros a escala mundial. Bush condenó que China confiara en el petróleo de Sudán, Birmania e Irán para su abastecimiento y la acusó de oponerse al libre comercio y a los derechos humanos (a diferencia de Washington, que solo importa de democracias puras que idolatran los derechos humanos, como Guinea Ecuatorial, una de las dictaduras más brutales de África, Colombia, que cuenta con el peor historial en materia de derechos humanos de toda América Latina, con mucha diferencia, los Estados de Asia central y otros parangones de virtud). Ninguna persona respetable acusaría a Washington de estar «bloqueando» los suministros a escala mundial cuando sigue su tradicional «política de puertas abiertas» y de agresión directa para asegu-

rarse el dominio sobre los suministros mundiales de energía, blandiendo con firmeza «los instrumentos de la intimidación y el chantaje». Un detalle interesante, posiblemente, es que nada de todo esto sea motivo de burla o ni siquiera llame la atención en Occidente.

El artículo de primera página del *New York Times* sobre la reunión entre Bush y Hu informaba de que «el apetito de petróleo de China también afecta a su posición con respecto a Irán ... El tema [del esfuerzo de China por “bloquear” los suministros mundiales] probablemente alcanzará un punto particularmente crítico en relación con el caso de Irán», donde el gigante petrolero estatal chino ha firmado un contrato de 70.000 millones de dólares para poner en marcha la explotación del enorme yacimiento petrolífero iraní de Yadavarán.¹² Esto es un asunto serio, al cual se suma la interferencia china incluso en Arabia Saudita, un Estado clientelar de los Estados Unidos desde que los británicos fueron expulsados de allí durante la Segunda Guerra Mundial. Esa relación se ve amenazada ahora por los crecientes vínculos económicos e incluso militares entre China y el Reino de Arabia Saudita, que actualmente es el mayor socio comercial de China en el Asia occidental y el Norte de África, tal vez otra prueba del desinterés de China por la democracia y los derechos humanos. Cuando el presidente Hu visitó Washington, se le negó una cena oficial, como un insulto calculado, al que Hu respondió despreocupadamente viajando directamente de allí a Arabia Saudita, un serio bofetón para Washington que sin duda no pasó inadvertido.

Esto es solo un bosquejo muy esquemático del contexto mundial que resulta relevante para lo que se debe hacer en Irak. Sin embargo, estos asuntos críticos apenas se mencionan en el debate en curso sobre el problema que más preocupa a los estadounidenses. Una doctrina rígida los excluye: resulta inaceptable atribuir una capacidad de pensamiento económico-estratégico racional a nuestro propio Estado, el cual debería guiarse por ideales benévolos de libertad, justicia, paz y otras cosas maravillosas. Esto nos conduce de nuevo a la existencia de una crisis muy grave en la cultura intelectual occidental, que evidentemente no es la única en la historia, pero está cargada de peligrosos presagios.

Podemos tener la seguridad de que estos asuntos, aunque estén excluidos del debate público, son objeto de atención por parte de los planificadores. Los gobiernos suelen considerar habitualmente a sus poblaciones como uno de sus principales enemigos y las mantienen en la ignorancia de lo que les está ocurriendo y de los planes previstos para ellas. Aun así, podemos especular al respecto. Una conjetura razonable es que los planificadores de Washington pueden estar intentando incitar movimientos

secesionistas a los que los Estados Unidos puedan «defender» luego frente a su país de origen. En Irán, los principales recursos petrolíferos se encuentran en las zonas árabes adyacentes al Golfo, el Juzestán iraní, y evidentemente ahora existe un movimiento de liberación ahwazi, de origen desconocido, que reivindica unos derechos de autonomía no especificados. Irak y los Estados del Golfo ofrecen una base cercana para una intervención militar estadounidense.

La presencia militar de los Estados Unidos en América Latina está aumentando apreciablemente. En Venezuela, los recursos petrolíferos se concentran en la provincia de Zulia, cercana a Colombia —la única base terrestre fiable de que disponen los Estados Unidos en la región—, una provincia anti-chavista que ya cuenta con un movimiento autonomista, también de origen desconocido. En Bolivia, los recursos de gas natural se encuentran en las zonas orientales más ricas, dominadas por élites de ascendencia europea implacablemente contrarias al Gobierno elegido por la mayoría indígena y que han amenazado con la secesión. El vecino Paraguay es otra de las pocas bases terrestres fiables que aún subsisten para las fuerzas armadas estadounidenses. El montante total de la ayuda militar y policial supera actualmente a la ayuda económica y social, con una dramática inversión del patrón seguido durante los años de la guerra fría. Las fuerzas armadas estadounidenses tienen en estos momentos más personal en América Latina que la suma de la mayoría de las agencias federales civiles más importantes, en agudo contraste con lo que ocurría anteriormente. Su nueva misión es combatir el «populismo radical», el término que se suele utilizar para designar al nacionalismo independiente que no obedece órdenes. El adiestramiento militar se está transfiriendo del Departamento de Estado al Pentágono, liberándolo así del condicionamiento en materia de respeto de los derechos humanos y democracia bajo la supervisión del Congreso, que siempre ha sido escasa, pero que tenía algunos efectos limitadores sobre la violencia ejecutiva.

Los Estados Unidos son una potencia mundial y sus políticas no deben considerarse de forma aislada, igual que no se haría en el caso del Imperio Británico. Hace medio siglo, el Gobierno Eisenhower identificó tres grandes problemas de alcance mundial: Indonesia, el Norte de África y Oriente Próximo, todas ellas zonas productoras de petróleo, todas islámicas. En todos los casos, el motivo de preocupación era el nacionalismo independiente. El fin de la dominación francesa de Argelia resolvió el problema norteafricano. En Indonesia, el golpe de Estado de Suharto de 1965 eliminó la amenaza independentista con una enorme masacre, que la CIA comparó con los crímenes de Hitler, Stalin y Mao. La «pasmosa carnicería masi-

va», como la describió el *New York Times*, fue acogida en Occidente con indisimulado entusiasmo y alivio.¹³ El golpe militar destruyó al único partido político de masas, un partido de los pobres, masacró a un enorme número de campesinos sin tierras y abrió el país a la explotación occidental de sus abundantes recursos, mientras la inmensa mayoría intenta sobrevivir en medio de la miseria. Dos años después, quedó resuelto el principal problema de Oriente Próximo cuando Israel destruyó al régimen de Nasser, odiado por los Estados Unidos y Gran Bretaña, que temían que las fuerzas nacionalistas laicas intentasen canalizar los enormes recursos energéticos de la región hacia el desarrollo interno. Unos años antes, los servicios de inteligencia estadounidenses habían advertido sobre el sentimiento popular de que el petróleo era un «patrimonio nacional» explotado por Occidente en virtud de acuerdos injustos impuestos por la fuerza. El servicio prestado por Israel a los Estados Unidos, a su aliado saudita y a las grandes empresas energéticas confirmó el dictamen de 1958 de los servicios de inteligencia estadounidenses en el sentido de que un «corolario lógico» de la oposición al nacionalismo árabe es apoyarse en Israel, como «la única potencia firmemente pro-occidental de Oriente Próximo», aparte de Turquía, que estableció una estrecha alianza militar con Israel en 1958, inscrita en el marco estratégico estadounidense.¹⁴

La alianza entre los Estados Unidos e Israel, única en el contexto de los asuntos mundiales, se remonta a las conquistas militares israelíes de 1967, consolidadas en 1970 cuando Israel cerró el paso a una posible intervención siria en Jordania para proteger a los palestinos que estaban siendo masacrados durante el Septiembre Negro. Washington consideraba dicha intervención de Siria como una amenaza contra su aliado, Jordania, y lo que es más importante, contra los productores de petróleo que mantenían relaciones clientelares con Washington. La ayuda estadounidense a Israel prácticamente se cuadruplicó. Desde entonces, el patrón se ha mantenido de forma bastante constante y se ha hecho extensivo a otros servicios secundarios de Israel a la potencia estadounidense fuera de Oriente Próximo, sobre todo en América Latina y en el África meridional. El sistema de dominación ha funcionado bastante bien para la gente que cuenta. Los beneficios de las grandes empresas energéticas están rompiendo todos los récords. La industria de alta tecnología (incluida la militar) mantiene vínculos lucrativos con Israel, al igual que las principales instituciones financieras, e Israel cumple prácticamente las funciones de una base militar externa y de proveedor de equipos y formación. Cabría argumentar que otras políticas distintas podrían haber resultado más favorables para las concentraciones de poder interno que determinan en gran parte las políti-

cas, pero los dispositivos actuales parecen resultarles perfectamente tolerables. Si no fuera así, podrían actuar sin dificultad para acabar con ellos. Y de hecho, cuando surgen conflictos entre el poder estatal estadounidense y el israelí, Israel cede, como es natural; las exportaciones de tecnología militar a China constituyen un ejemplo reciente, en el que el Gobierno Bush hizo todo lo posible para humillar a Israel tras su reticencia inicial a acatar las órdenes de aquellos que el comentarista israelí Aluf Benn ha descrito como «el jefe llamado “socio”».

Consideremos ahora el caso de Irán y sus programas nucleares. Washington apoyó firmemente dichos programas hasta 1979. Durante esos años, Irán estaba gobernado, obviamente, por un tirano brutal instalado en el poder por un golpe militar orquestado por los Estados Unidos y el Reino Unido que derribó al gobierno parlamentario. Actualmente, el argumento estándar es que Irán no necesita para nada la energía nuclear y, por consiguiente, debe de estar desarrollando un programa armamentista secreto. Henry Kissinger explicó que: «Para un gran productor de petróleo como es Irán, la energía nuclear supone un despilfarro de recursos». Treinta años atrás, cuando era secretario de Estado, Kissinger había dicho que «la introducción de la energía nuclear permitirá cubrir las crecientes necesidades de la economía iraní y liberar a la vez el remanente de reservas de petróleo para la exportación o para su transformación en productos petroquímicos», y los Estados Unidos procedieron a apoyar los esfuerzos del sha. Dick Cheney, Donald Rumsfeld y Paul Wolfowitz, los planificadores principales del segundo Gobierno Bush, hicieron grandes esfuerzos para que el sha pudiera disponer de un «ciclo de combustible nuclear» —reactores alimentados por materiales fisibles y que también los regeneran— completo. Justamente la capacidad que el Gobierno actual está intentando impedir que pueda adquirir Irán en la actualidad». Universidades estadounidenses se estaban preparando para formar a ingenieros nucleares iraníes, sin duda con la aprobación, si no por iniciativa, de Washington; incluida mi propia universidad, el Massachusetts Institute of Technology, por ejemplo, a pesar de la abrumadora oposición de los estudiantes. Al ser preguntado por este cambio de actitud, Kissinger respondió con su conmovedora franqueza habitual: «Eran un país aliado». ¹⁵ Por lo tanto, antes de 1979 tenían auténtica necesidad de la energía nuclear, pero ahora ya no la necesitan.

Por lo que se sabe, el programa nuclear iraní entra dentro de lo autorizado por el artículo IV del Tratado de No-Proliferación (TNP), que otorga a los Estados no nucleares el derecho de producir combustible para la generación de energía nuclear. El Gobierno Bush arguye, no obstante, que habría que endurecer dicho artículo IV y me parece una propuesta razona-

ble. Cuando entró en vigor el TNP, en 1970, existía una considerable distancia entre la producción de combustible para generar energía y para armas nucleares. Sin embargo, con la tecnología contemporánea, esa distancia se ha reducido. Aun así, cualquier revisión del artículo IV tendría que garantizar el acceso sin impedimentos para usos no militares, conforme al acuerdo negociado inicialmente. Mohamed el Baradei, Director General de la Agencia Internacional de la Energía Atómica, formuló una propuesta razonable: que toda la producción y transformación de material utilizable para armamento esté sujeta a control internacional, con la «garantía de que los usuarios potenciales legítimos podrán tener acceso a los correspondientes suministros».¹⁶ Ese sería el primer paso, según su propuesta, con vistas a la plena aplicación de la resolución de las Naciones Unidas de 1993, que pide la celebración de un Tratado de Reducción de Materiales de Fisión (FISSBAN) que prohíba la producción de materiales de fisión por parte de Estados individuales. La propuesta de el Baradei nació muerta. Los dirigentes políticos estadounidenses jamás aceptarían semejante delegación de soberanía, desde luego no desde sus posiciones actuales. Hasta el momento, que yo sepa, solo un Estado ha aceptado la propuesta de el Baradei: Irán, el pasado mes de febrero. Lo cual apunta un camino para la resolución de la crisis actual, una crisis más grave, de hecho; en efecto, la producción continuada de materiales fisibles por ciertos Estados individuales puede abocar a la humanidad a su destrucción.

Washington también se opone denodadamente a un tratado FISSBAN verificable, que los especialistas consideran como la «propuesta más fundamental para el control del armamento nuclear», en palabras del especialista en control de armamento de Princeton Frank von Hippel.¹⁷ A pesar de la oposición de los Estados Unidos, el Comité de Desarme de las Naciones Unidas votó a favor de un FISSBAN verificable en noviembre de 2004. El resultado fue de 147 votos a favor y 1 en contra, con 2 abstenciones: de Israel, que es reflexiva, y del Reino Unido, que reviste mayor interés. El embajador británico, John Freeman, explicó que Gran Bretaña apoyaba el tratado, pero no podía votar a favor de esa versión porque, según sus palabras, «divide a la comunidad internacional»; una división de 147 frente a 1.¹⁸ Una votación posterior en el Pleno de la Asamblea General arrojó el resultado de 179 votos a favor y 2 en contra, nuevamente con la abstención de Israel y el Reino Unido. Palaos se sumó a los Estados Unidos.

Esto nos aclara un poco el lugar que ocupa la supervivencia de la especie en la lista de prioridades de los dirigentes de la potencia hegemónica y de su escudero.

En 2004, la Unión Europea (UE) e Irán alcanzaron un acuerdo en materia nuclear: Irán aceptó suspender temporalmente sus actividades legítimas de enriquecimiento de uranio y la UE accedió a ofrecer a Irán «un compromiso firme en los asuntos relativos a la seguridad». Como todo el mundo entiende, la frase «asuntos relativos a la seguridad» se refiere a las amenazas muy creíbles de los Estados Unidos e Israel y sus preparativos para atacar Irán. Dichas amenazas, que constituyen una grave violación de la Carta de las Naciones Unidas, no son asunto baladí para un país torturado durante cincuenta años, sin respiro, por la superpotencia planetaria, que ahora ocupa los países fronterizos con Irán, sin olvidar al Estado clientelar, que es la superpotencia regional.

Irán cumplió su parte del trato, pero la UE, presionada por los Estados Unidos, abdicó de sus compromisos. Finalmente, Irán también abandonó el acuerdo. La versión preferida en Occidente dice que Irán rompió el acuerdo, demostrando así que constituye una grave amenaza para el orden mundial. En mayo de 2003, Irán se había ofrecido a debatir todos los asuntos relativos a la seguridad con los Estados Unidos, que rehusaron la propuesta y prefirieron seguir el mismo curso que en el caso de Corea del Norte. Cuando asumió su mandato en enero de 2001, el Gobierno Bush retiró la cláusula de «sin intenciones hostiles» de anteriores acuerdos y procedió a proferir serias amenazas, a la vez que también abandonaba sus promesas de suministro de fuel y de un reactor nuclear. Corea del Norte respondió con la reanudación de los preparativos para la producción de armas nucleares, origen de otra crisis actual. Todo predecible y predicho.

Hay maneras de mitigar esas crisis y probablemente para acabar con ellas. La primera es poner fin a las amenazas que prácticamente están empujando a Irán (y a Corea del Norte) a producir armas nucleares. Uno de los más destacados historiadores militares de Israel, Martin van Creveld, escribió, inmediatamente después de que Washington demostrara su disposición a atacar a quien le plazca, siempre que sepa que no podrán defenderse, que en Irán tienen que estar «locos» si no están desarrollando armas nucleares.¹⁹ Por lo tanto, el primer paso para acabar con las crisis sería poner fin a las amenazas que pueden inducir a los blancos potenciales a desarrollar instrumentos de disuasión, para lo cual las armas nucleares o el terrorismo son las únicas opciones viables.

Un segundo paso sería sumarse a otros esfuerzos para reintegrar a Irán en la economía global. Un tercer paso sería unirse al resto del mundo y aceptar un tratado FISSBAN verificable, y sumarse a la aceptación iraní de la propuesta de el Baradei u otra parecida, y repito que en este caso el problema va mucho más allá del caso de Irán y se sitúa en el plano de la super-

vivencia humana. Un cuarto paso sería cumplir el artículo VI del TNP, que obliga a los Estados nucleares a emprender «de buena fe» esfuerzos para eliminar las armas nucleares, una obligación de carácter vinculante, según dictaminó el Tribunal Internacional. Ninguno de los Estados nucleares ha cumplido dicha obligación, pero los Estados Unidos destacan con mucha diferencia en el incumplimiento de la misma: otra seria amenaza para la supervivencia humana. Algunos pasos en esas direcciones contribuirían asimismo a mitigar la crisis con Irán que se avecina. Sobre todo es importante prestar atención a las palabras de Mohamed el Baradei: «Esta situación no tiene solución militar. Resulta inconcebible. La única solución duradera es una solución negociada». ²⁰ Y esta está al alcance. A semejanza de lo ocurrido en el caso de la guerra de Irak, los militares y los servicios de inteligencia estadounidenses parecen ser contrarios a una guerra contra Irán, aunque es perfectamente posible que los planificadores civiles del Gobierno Bush —Cheney, Rumsfeld, Rice y algunos otros, un conjunto desmesuradamente peligroso— la emprendan.

Entre los analistas estratégicos más destacados existe una amplia coincidencia en que la amenaza de una guerra nuclear es grave y va en aumento, y se podría eliminar con medidas ya conocidas y, de hecho, legalmente obligatorias. Y advierten de que, si no se adoptan esas medidas, «un enfrentamiento nuclear es inevitable a la larga» y podemos estar enfrentándonos a «un riesgo apreciable de una catástrofe definitiva», «un Armagedón que nosotros mismos habremos desencadenado». ²¹ Los riesgos se conocen bien y se están incrementando conscientemente. La invasión de Irak constituye solo el ejemplo más flagrante.

Los planificadores militares y de los servicios de inteligencia de Clinton habían recomendado la «dominación de la dimensión espacial de las operaciones militares con el fin de proteger los intereses y las inversiones estadounidenses», a semejanza de lo que hacían los ejércitos y armadas de otros tiempos, pero ahora con un solo ocupante de la posición hegemónica, que debe desarrollar «armas de ataque basadas en el espacio [que permitan] aplicar una fuerza de precisión desde, hacia y a través del espacio». Tales medidas serán necesarias —afirmaban— porque la «globalización de la economía mundial» conducirá a una «ampliación de las diferencias económicas» junto con una «intensificación del estancamiento económico, la inestabilidad política y la alienación cultural», con los consiguientes disturbios y violencia entre los «desposeídos», dirigidos en gran parte contra los Estados Unidos. Por lo tanto, estos deben estar preparados para planificar un «ataque de precisión desde el espacio [como una] respuesta frente a la proliferación de armas de destrucción masiva» por obra de elementos

rebeldes.²² Esto es una consecuencia probable de los programas militares recomendados, del mismo modo que una «ampliación de las diferencias» es la consecuencia anticipada de la versión concreta de integración internacional que el sistema doctrinal designa erróneamente como «globalización» y «libre comercio».

Conviene añadir unas palabras sobre dichos conceptos. Ambos términos son propagandísticos, no descriptivos. El término «globalización» se emplea para designar una forma concreta de integración económica internacional, diseñada —cosa nada sorprendente— para servir a los intereses de los diseñadores: las empresas multinacionales y el puñado de Estados poderosos a los que estas están estrechamente vinculadas. Otros grupos mucho más representativos de la población mundial persiguen otra forma de globalización; son los movimientos de masas a favor de la justicia global, que nacieron en el Sur pero a los que ahora se han sumado organizaciones populares del Norte y que se reúnen anualmente en el Foro Social Mundial, el cual ha engendrado numerosos foros sociales regionales y locales que se concentran en sus propias problemáticas aunque dentro del mismo marco omniabarcador. Los movimientos a favor de la justicia global son un fenómeno absolutamente nuevo, que quizás constituya las semillas del tipo de internacional que ha sido la esperanza de los movimientos obreros y de la izquierda desde sus orígenes modernos. El sistema doctrinal imperante los llama «movimientos antiglobalización» porque aspiran a una forma de globalización orientada a favor de los intereses de las personas y no del poder económico concentrado, y lamentablemente ellos mismos han adoptado a menudo esa absurda terminología.

La globalización oficial está comprometida con el llamado neoliberalismo, también un término sumamente engañoso: el régimen no es nuevo y tampoco es liberal. El neoliberalismo es esencialmente la política que se ha venido imponiendo por la fuerza a las colonias desde el siglo XVIII, mientras los países actualmente ricos violaban radicalmente esas normas, se apoyaban ampliamente en la intervención del Estado en la economía y recurrían a medidas actualmente prohibidas dentro del orden económico internacional. Así fue en el caso de Inglaterra y de los países que siguieron su camino proteccionista y de intervención estatal, incluido Japón, el único país del Sur que escapó a la colonización y el único que se industrializó. Todo ello son hechos ampliamente reconocidos por los historiadores económicos.

Una comparación entre los Estados Unidos y Egipto a principios del siglo XIX es uno de los múltiples ejemplos esclarecedores del papel decisivo de la soberanía y la intervención masiva del Estado para el desarrollo

económico. Una vez se hubieron liberado del dominio británico, los Estados Unidos pudieron adoptar medidas de intervención estatal al estilo británico y se desarrollaron. Mientras tanto, el poder británico pudo impedir que algo parecido ocurriera en Egipto, actuando en conjunción con Francia para imponer la doctrina de Lord Palmerston, según la cual: «Por consiguiente ninguna idea de trato equitativo hacia Mehemet [Alí] debe interponerse en el camino de tan grandes y primordiales intereses», como era cerrar el paso a la competencia en el Mediterráneo oriental.²³ Palmerston expresó su «odio» contra el «bárbaro ignorante» que osaba impulsar el desarrollo económico. Percibimos el eco de recuerdos históricos cuando Gran Bretaña y Francia, dando la cara por los Estados Unidos, exigen en la actualidad que Irán suspenda todas las actividades relacionadas con programas nucleares y de misiles, incluida la investigación y desarrollo, cerrando así el paso a la energía nuclear y dejando al país probablemente más amenazado del mundo sin ningún instrumento de disuasión frente a los ataques; los ataques de los justos, todo sea dicho. Cabe recordar asimismo que Francia y Gran Bretaña desempeñaron un papel crucial en el desarrollo del arsenal nuclear israelí. Las sensibilidades imperiales son ciertamente delicadas.

Si hubiera gozado de soberanía, Egipto podría haber vivido una revolución industrial en el siglo XIX. Compartía muchas de las ventajas de los Estados Unidos, salvo la independencia, que permitió a estos últimos imponer unos aranceles muy elevados para cerrar las puertas a los productos británicos de superior calidad (tejidos, acero y otros). Los Estados Unidos estuvieron, de hecho, a la cabeza del proteccionismo en el mundo hasta la Segunda Guerra Mundial, cuando su economía superaba en tan gran medida a cualquier otra que la «libre competencia» ya resultaba tolerable. Después de la guerra, un apoyo masivo en el dinámico sector estatal pasó a constituir un componente central de la economía estadounidense, más aún de lo que lo había sido antes; situación que se ha seguido manteniendo hasta el presente. Y los Estados Unidos continúan practicando el proteccionismo, cuando les resulta útil. El proteccionismo más extremo se practicó en los tiempos de Reagan, acompañado como de costumbre de elocuentes loas al liberalismo (para los demás). Reagan prácticamente duplicó las barreras protectoras y también recurrió al instrumento habitual, el Pentágono, para superar los problemas de gestión y «reindustrializar a América», el lema de la prensa de negocios. Además, se incorporaron unos altos niveles de proteccionismo a los llamados «acuerdos de libre comercio», diseñados para proteger a los poderosos y privilegiados, al estilo tradicional.

Otro tanto puede decirse del flirteo británico con el «libre comercio» un siglo antes, cuando 150 años de proteccionismo e intervención estatal habían transformado a Gran Bretaña en la economía más potente del mundo con mucha diferencia y la libertad de comercio parecía una alternativa, con un terreno de juego «desnivelado» con una pendiente en la dirección adecuada, por adoptar una metáfora familiar. Pero los británicos se guardaron las espaldas. Continuaron apoyándose en unos mercados protegidos, en la intervención del Estado y también en otros mecanismos que los historiadores económicos no contemplan. Un mercado tal llegó a ser la empresa de narcotráfico más espectacular del mundo, destinada a irrumpir en el mercado chino y que también generaba beneficios que financiaban la Marina Real británica, la administración de la India conquistada y la compra de algodón estadounidense, el combustible que alimentó la revolución industrial. La producción algodonera estadounidense también se basaba en una intervención radical del Estado: esclavitud, virtual aniquilación de la población autóctona y conquista militar (casi la mitad de México, por citar solo un caso que resulta pertinente para las presentes noticias de actualidad). Cuando Gran Bretaña no pudo seguir compitiendo con Japón, cerró las puertas al Imperio en 1932, seguida por otras potencias imperiales, lo cual constituye una parte importante de los antecedentes de la Segunda Guerra Mundial. El parecido entre la realidad del libre comercio y el desarrollo económico y las doctrinas profesadas es limitado.

La democracia y el desarrollo han tenido un enemigo común a lo largo de toda la historia moderna: la pérdida de la soberanía. En un mundo de Estados, la mengua de la soberanía implica una merma de las esperanzas de democracia y de la capacidad para desarrollar políticas sociales y económicas. Lo cual a su vez perjudica al desarrollo; una conclusión bien confirmada por siglos de historia económica. El trabajo del historiador económico M. Shahid Alam resulta particularmente ilustrativo al respecto. En la terminología actual, se designa como neoliberales a los regímenes impuestos, de modo que parece justo decir que el enemigo común de la democracia y del desarrollo es el neoliberalismo. En el caso del desarrollo, se puede discutir sobre la causalidad, dado lo mal que se comprenden los factores del crecimiento económico. Las correlaciones están, no obstante, razonablemente claras. Los países que han seguido con mayor rigor los principios neoliberales, como en el caso de América Latina y en otros lugares, han experimentado un acusado deterioro de los indicadores macroeconómicos, comparados con los de años anteriores. Los que han ignorado dichos principios, como en el caso de Asia oriental, han disfrutado de un crecimiento rápido. Que el neoliberalismo resulte perjudicial para la democracia es

comprensible. Prácticamente todas las características del paquete neoliberal, desde la privatización hasta la liberalización de los flujos financieros, socavan la democracia por razones claras y bien conocidas.

Las crisis que nos aguardan son reales e inminentes, y en cada uno de los casos se dispone de los medios para superarlas. El primer paso es la comprensión, luego siguen la organización y una actuación adecuada. Es el camino que se ha seguido muchas veces en el pasado, que abre las puertas a un mundo mucho mejor y deja un legado de libertad y privilegio, al menos para algunos, que puede constituir una base para continuar avanzando. No seguir dicho camino tendrá casi con toda seguridad negros consecuencias, incluso el fin del único experimento de la biología con la inteligencia superior.

Notas

1. Véase Aaron David Miller, *Search for Security*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, NC, 1980; Irvine Anderson, *Aramco, the United States and Saudi Arabia*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 1981; Michael Stoff, *Oil, War and American Security*, Yale University Press, New Haven, 1980; Steven Spiegel, *The Other Arab-Israeli Conflict*, University of Chicago Press, Chicago, 1985, p. 51.
2. *National Security Strategy of the United States*, The White House, Washington DC, marzo de 1990.
3. Alan Cowell, «Kurds Assert Few Outside Iraq Wanted Them to Win», *New York Times*, 11 de abril, 1991.
4. Nina Kamp y Michael E. O'Hanlon, «The State of Iraq», *New York Times*, 19 de marzo, 2006.
5. Walter Pincus, «Skepticism About U.S. Deep, Iraq Poll Shows; Motive for Invasion Is Focus of Doubts», *Washington Post*, 12 de noviembre, 2003; Richard Burkholder, «Gallup Poll of Bagdad», *Government & Public Affairs*, 28 de octubre, 2003.
6. Michael McGwire, «The Rise and Fall of the NPT», *International Affairs*, 81 (enero 2005), p. 134.
7. Zbigniew Brzezinski, «Hegemonic Quicksand», *National Interest*, 74 (invierno 2003/2004): pp. 5-16; Stefan Wagstyl, «Cheney Rebukes Putin on Energy "Blackmail"», *Financial Times*, 4 de mayo, 2006.
8. Véase Ian Rutledge, *Addicted to Oil*, I. B. Tauris, Londres, 2005.
9. Véase *Multinational Oil Corporation and U.S. Foreign Policy, Report to the Committee on Foreign Relations*, Senado de los Estados Unidos, Government Printing Office, Washington DC, 2 de enero, 1975.
10. Hal Weitzman, «Nationalism Fuels Fears over Morales' Power», *Financial Times*, 2 de mayo, 2006.
11. *National Security Strategy of the United States*, The White House, Washington DC, marzo de 2006, p. 41.
12. David E. Sanger, «China's Rising Need for Oil Is High on U.S. Agenda», *New York Times*, 18 de abril, 2006.

13. Editorial, *New York Times*, 25 de agosto, 1966.
14. Mark Curtis, *The Great Deception*, Pluto Press, Londres, 1998, p. 133.
15. Darna Linzer, «Past Arguments Don't Square with Current Iran Policy», *Washington Post*, 27 de marzo, 2005.
16. Mohamed ElBaradei, «Towards a Safer World», *The Economist*, 16 de octubre, 2003.
17. Frank von Hippel, «Coupling a Moratorium To Reductions as a First Step toward the Fissile-Material Cutoff Treaty», en Rakesh Sood, Frank von Hippel y Morton Halperin, *The Road to Nuclear Zero*, Center for Advanced Study of India, 1998, p. 17.
18. Véase Rebecca Johnson, «2004 UN First Committee», *Disarmament Diplomacy*, 79 (abril/mayo 2005), y Jean du Preez, «The Fissban», *Disarmament Diplomacy*, 79 (abril/mayo 2005), <http://www.acronym.org>.
19. Martin van Creveld, «Sharon on the Warpath», *International Herald Tribune*, 21 de agosto, 2004.
20. Jeffrey Fleishman y Alissa Rubin, «ElBaradei Asks for Restraint on Iran Sanctions», *Los Angeles Times*, 31 de marzo, 2006.
21. Michael MccGwire, «The Rise and Fall of the NPT», *International Affairs*, 81 (enero 2005), p. 127; John Steinbruner y Nancy Gallagher, «Constructive Transformation», *Daedalus* 133, no. 3 (verano 2004), p. 99; Sam Nunn, «The Cold War's Nuclear Legacy Has Lasted too Long», *Financial Times*, 6 de diciembre, 2004.
22. National Intelligence Council, *Global Trends 2015*, Washington DC, (diciembre 2000); U.S. Space Command, *Vision for 2020* (febrero 1997), 7; Pentagon, *Quadrennial Defense Review*, mayo 1997.
23. Véase Afaf Lutfi al-Sayyid Marsot, *Egypt in the Reign of Muhammad Ali*, Cambridge University Press, Nueva York, 1984, p. 240; Harold Temperley, *England and the Near East*, Longmans, Green and Co., Londres, 1936.